



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Sor Juana

POR CAMINOS BARROCOS
OLGA DE LEÓN G.

De los sueños, el Primero Sueño, magistral y hermoso. De sus prosas, ninguna tan vituperada como la Carta a Sor Filotea de la Cruz, y quién negar pudiera que también de las más frecuentadas. Los tiempos de mi tiempo pareciera que romper quisieran con tradición y costumbres finas, como si ser lo que no se quiere ni se es, sea lo ideal, para como planta trepadora brillar a la luz y la sombra de quien muerta no puede desdecir a los que injurian su memoria y grandeza, sea o no sea lo que de ella dicen, los que como: "Hombres necios que acusáis a la mujer Sin ver que sois la razón" ...y sin razón, de lo mismo que la culpáis. (Olga de León. Nov. 2023).



La niña dejaba volar su imaginación cuando se paraba en las noches detrás del cristal de la pequeña ventana que le permitía mirar hacia afuera: calle, algunos coches transitando y gente entrando a sus casas o caminando apresurados por llegar a ellas; y especialmente, le gustaba mirar hacia el cielo, contemplando las caprichosas formas de las nubes y el mágico titileo de las estrellas.

Siempre era una y la misma idea la que la invadía estando allí: con el cuerpo dentro de su pequeño cuarto de dormir y alma y mente volando fuera de ella y de la casa.

La niña recién había cumplido doce años, y ya disfrutaba más de la lectura de poesía, cuentos y ciencia ficción que encontraba entre los libros de su padre, puestos todos en los libreros que tanto le gustaba mirar, contar y hojear al azar, más que de los juegos al aire libre con sus vecinitos o amiguitas del colegio. No, ¡claro que no!, no era una nueva Juana de Asbaje (como creían sus padres), ni de lejos ni de cerca, pero disfrutaba de la prosa, del teatro y especialmente de la poesía de la Décima Musa.

Esta niña protagonista de mi cuento de hoy era muy ordenada en algunas cosas; pero, bastante desordenada para terminar de leer un libro, si alguno no le iba gustando después de diez páginas, lo abandonaba, pero buscaba otro para leer. En ocasiones, pedía consejo a su padre sobre qué libro elegir que pudiera interesarle tanto que no lo dejara sino hasta terminar su lectura. Así fue educando su gusto de lectora que se extendería hasta el de escritora. Para esto último, debieron pasar algunos años.

Por ahora, a sus doce años, comenzó a convertirse en viajera internacional e interplanetaria por la vía de la ficción, la imaginación y del poder de su mente, que descubrió cuando una noche pudo salir sin abrir la ventana para ir a otro país. Entonces, supo que tenía un alma gemela: una niña de su misma edad que la observaba a través de un potente y muy avanzado telescopio, desde la ventana de su casa en Nashville, la Ciudad de la Música. Mas, he aquí, que su forma

de viajar sin moverse de donde se encontraba, superaba en mucho a cualquier instrumento científico, por avanzado que fuera. La niña de Nashville, Any, se quedó petrificada por varios segundos cuando vio a Elsa enfrente de ella, tras el cristal de la ventana de su casa en Tennessee.

Pasado el susto, trató de comunicarse, pero Elsa ya se había ido. Dio una vuelta por Europa sin quedarse en ninguna parte; finalmente, casi al amanecer de ese día, regresó a su casa. Pero su sorpresa fue mayor que la de Any, porque no pudo integrarse de nuevo con el cuerpo de la niña detrás del cristal de la ventana: con su propio cuerpo, el de la Elsa que había dejado apenas unas horas antes. No pudo, la que regresaba ya no era la misma que salió en alma y espíritu y visitó a su alma gemela, Any.

Y ahora, ¿qué podía hacer? La extrañarán sus padres, llorarán por ella cuando descubran que no es la misma, que está vacía por dentro, que ya nada tiene para dar en cuestión de sentimientos, afectos, emociones... Nada los consolaría y nada entenderían: ¿qué le habría pasado a su niña? Su pequeña Sor Juana, como ellos la llamaban entre en broma y medio en serio.

Elsa, después de estas reflexiones, decidió irse definitivamente, llevándose con ella el cuerpo sin mente ni espíritu de la niña que siempre miraba por la ventana hacia el cielo y podía viajar a donde ella quisiera. Finalmente, las niñas se unieron, Elsa entró en su propio cuerpo, y por su altruismo, su amor hacia sí misma y a sus padres, tanto como a la

niña de la ventana, se quedó en su casa.

Y escribió un cuento acerca de la aventura más increíble que a ninguna otra niña le hubiese sucedido: su viaje a Nashville, la Ciudad de la Música, y al mundo en general, comenzando por España, Francia, Italia, Grecia y luego por las partes más tristes de estos tiempos, Ucrania y Rusia; Palestina e Israel.

Cuando mente, espíritu y cuerpo se unen en un solo ser indivisible, cualquier maravilla puede suceder.

LAS TRAMPAS DE LA VIDA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

De la maleza del bosque emergían sombras densas, como humo espeso que subía hasta el cielo rojo infernal y lo transformaba en oscuridad. Las nubes se cargaban de masa líquida como si fueran gases condensados, mientras que de entre la tierra se abría un boquete de arena movizada de seiscientos sesenta y seis metros de circunferencia. Bajo las sombras de los árboles se escondían bestias de cuernos y colmillos, no animales, sino seres diabólicos con forma casi humana. Por las noches, mientras el ser humano dormía, salían de sus escondrijos y volaban por los aires gracias a sus alas de murciélago: pedazos de piel viscosa que se extendían hasta sus estómagos.

Una noche rojiza, fría y lluviosa de invierno, mientras los alacranes urgían en las madrigueras de los topos y los roedores, y los chotacabras huían hacia las partes altas de los volcanes, una de las bestias casi humana salió de su recoveco y alzó su voz, nacida de ultratumba, en nombre de sus compañeros: "¡Satanás,

príncipe de las tinieblas, antigua serpiente y gran dragón, dios negro y dios del siglo, padre de la mentira y la soberbia: te invocamos!". En ese instante: un ser gigante, ardiendo totalmente en llamas, se hizo presente en medio del bosque.

"¿Qué quieres?", preguntó Belcebú. "Escúchanos con piedad, señor de la oscuridad, a quien respetamos: jamás encendiendo luz de velas y a quien adoramos con la fascinación del fuego lunar. Te invocamos porque sabemos que el mundo se ha extraviado y es momento de aprovechar esta ocasión. Tenemos llenas las manos de engaños para ofrecerlos a los humanos, creaturas débiles que tú ayudaste a crear".

Un cuervo gigante, de seis metros de largo, cruzó volando el Hade y fue a posarse con señorío sobre las ramas de un árbol seco. Luego se escucharon el resonar de un trueno y la explosión del cráter de un volcán. El bosque expulsaba olor a azufre y estiércol, como si el sitio estuviese lleno de coladeras, propias de una combinación de urbanidad y ruralidad descompuesta y en estado de putrefacción.

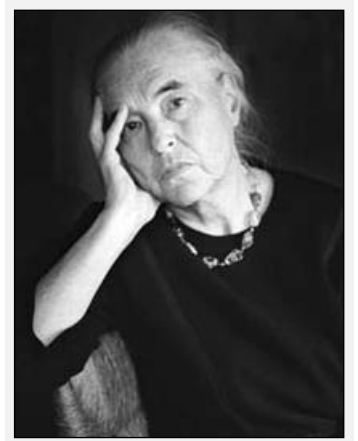
El príncipe de las tinieblas alzó su trinchete y dijo en altavoz: "Envíemos trampas a la humanidad, para que muchos caigan engañados por su propia fe". "¡Muertos, muchos muertos!", exclamó un grupo de demonios que estaba escondido, atento a la conversación. "¡Hagámoslos sufrir!", respondió Lucifer. "¡Dolor, hambre y sed!", respondió el coro de demonios. "¡Llanto, ansiedad y miedo!" "¡Alimentemos el orgullo, los celos y la ambición!" "¡Que al menos la mitad de la tonta y débil humanidad caiga muerta por el tormento!"

Los demonios alzaron el vuelo y se transformaron en serpientes con alas de murciélago y cabezas dobles de dragones. Abandonaron el Hade arrastrando sus cuerpos por el denso aire oscuro y subieron hasta la superficie terrestre a través de un agujero negro.

En la tierra, la humanidad llevaba su propia carga: trabajando, trabajando y trabajando. Doce, hasta catorce horas al día. Se veía a los hombres y mujeres unidos por las cadenas y grilletes, producto del tiempo y la ilusión. Sueños diurnos para no sentirse solos, para vivir aferrados, abrazados los unos a los otros, víctimas de lo que Lucifer veía como una debilidad humana: el amor. Hacía dos siglos que habían sido abandonados, como si Dios hubiese muerto, y entregados a la fortuna del progreso, pagando por las comodidades de la vida. Todo había que costearlo, excepto, quizás, la gracia de haber nacido.

¿En dónde cabría Belcebú dentro de ese mundo? ¿Deshaciendo lo que el hombre construía? ¿A través del engaño o el sufrimiento de víctimas inocentes? ¿En las guerras? ¿En la furia de la naturaleza? ¿De qué se disfrazaría Belcebú al habitar una temporada en la tierra? ¿De misericordia? Preguntas por contestar que a la gente ya no le interesaba responder: concentrado cada uno en trabajar. ¿Pecado original? ¿Disfrutaba el hombre de su yugo?

El espectáculo terrestre hizo retornar al demonio y su séquito, desanimados, al reino de los Hades.



Anna Seghers

(Netty Reiling; Maguncia, 1900 - Berlín, 1983) Escritora alemana. Nacida en una familia judía acomodada (su padre era anticuario), Anna Seghers estudió historia, historia del arte y sinología en Colonia y Heidelberg, licenciándose en 1924 con la tesis *Juden und Judentum im Werke Rembrandts*. En 1925 se casó con el escritor húngaro Laszlo Radványi, refugiado político, quien le dio dos hijos.

En esos años publicó en la *Frankfurter Zeitung* sus primeros cuentos, entre ellos *La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara* (*Der Aufstand der Fischer von St. Barbara*, 1928), que, considerado unánimemente por la crítica de la época una obra maestra de arte narrativo postexpresionista, recibió de Hans Henny Jahn el Premio Kleist. En este cuento hallan su primera formulación poética el tema de la solidaridad humana y el de la rebelión contra la miseria y la opresión, que más tarde se convertirán en los motivos dominantes de la obra de Anna Seghers.

En el mismo año, la escritora se afilió al Partido Comunista. Obligada a refugiarse en París en 1933, fue redactora de la revista *Neue Deutsche Blätter*, publicada en Praga, y participó en varias iniciativas de los grupos intelectuales emigrados. Trasladada a Austria al año siguiente, Anna Seghers reunió una amplia documentación sobre la insurrección de febrero de 1934, que más tarde utilizó en la novela *Der Weg durch den Februar* (1935).

Durante la Segunda Guerra Mundial, la ocupación de París por parte de los alemanes (1940) la obligó a refugiarse en Marsella, desde donde logró embarcarse con rumbo a México. En los cafés de París y en los de Marsella trabajó febrilmente en dos novelas, sin duda sus mejores obras, escritas por el impulso de tener que decir a tantos millares de personas (afectadas como ella por el nazismo) una palabra que invitase todavía a la esperanza, al valor y a la solidaridad: *La séptima cruz* (*Das siebte Kreuz*, 1942) y *Transit* (1943). La primera, conocida también gracias a una afortunada versión cinematográfica, narra la historia de siete evadidos de un campo de concentración nazi. Sólo uno se salvará, gracias a la ayuda valiente que le ofrecen algunas personas.

A través de las aventuras de algunos prófugos que se reúnen en Marsella con la esperanza de poder salir de Francia, *Transit* describe, con un estilo de una precisión y de una concisión dignas de Kafka, la odisea de todos aquellos que, por un motivo u otro, eran perseguidos y se veían obligados a dejar Europa a causa del avance de los nazis.

En México, Anna Seghers colaboró en la revista *Freies Deutschland* junto con otros escritores refugiados en el país, entre ellos Ludwig Renn, y fue presidenta del Heine Club.

Su socialismo, que se expresaba en los primeros cuentos y novelas según modelos a menudo más humanitarios que claramente marxistas, dio lugar en las novelas de la posguerra a reconstrucciones históricas y épicas de los acontecimientos de la época en clave muy ortodoxa. *Die Toten bleiben jung* (1949) muestra hasta qué punto prevalece el compromiso ideológico y político. A pesar de las preocupaciones literarias y estéticas, predomina el procedimiento "educativo" de la representación de los problemas de la sociedad socialista, en la que, por otro lado, la escritora halla su razón de ser en tanto que participe de su construcción. Y ello de acuerdo con un canon literario que Seghers adoptó y expresó como sigue: "Nosotros no escribimos sólo para describir, sino para cambiar describiendo".

Seghers llevó a cabo además una intensa actividad como ensayista, publicando textos sobre arte y literatura, sobre el proceso creativo y, más en general y de modo coherente con su compromiso político, sobre temas de actualidad.

Mónica Lavín

La alquimista Selma Ancira

Hace apenas 10 días se entregaron los Premios Nacionales de Artes y Literatura en la ceremonia del Palacio de Bellas Artes que desafortunadamente se combinó con la afortunada entrega del premio Carlos Fuentes a Elena Poniatowska. La entrega de los Premios Nacionales merecía atención y espacio específico, y no como evento encabalgado que palideció en la cobertura de medios. Muy difícil competir con la visibilidad de Elena Poniatowska, con su trabajo ininterrumpido, con sus 91 años y la manera en que nos ha devuelto el México del siglo XX.

Es la primera vez que se entrega un Premio Nacional de Artes y Literatura para la traducción literaria. Por primera vez se incluye a la traducción como una disciplina artística y Selma Ancira, quien ha dedicado su vida a traducir autores que la apasionan del ruso y del griego moderno al español, lo recibe. La mayor parte de su obra ha sido publicada en la editorial Acantilado ubicada en Barcelona, donde ella vive desde hace muchísimos años y en esos libros bellamente editados nos ha acercado textos de Marina Tsvetáyeva, Gogol, Pushkin, Los Diarios de Tolstói, de Giorgos Seferis, poemas de Yannis Ritsos. Otra vida por vivir del griego Theodor Kallifatides ha sido para mí una lectura indispensable y eso se lo debo a la dedicación y el talento de la

premiada.

Selma Ancira fue compañera de escuela en los últimos años del bachillerato, hija del conocido actor Carlos Ancira, cuyo monólogo *El diario de un loco* estuvo en cartelera por años y fue una experiencia fundamental para quienes empezábamos a ver teatro. Selma era entonces la hija del actor, si su padre viviera diríamos que es el padre de la traductora Premio Nacional. Lo pronuncio y se me llena la boca porque he leído algunas de sus traducciones, pero también porque la he seguido en las espléndidas fotografías de los viajes que hace por aquí por allá, muchas veces persiguiendo a los escritores de su pasión, buscando sus paisajes y su mirada en esa relación de la geografía y la expresión escrita. Buscadora de palabras, perpetuadora de imágenes, con una afabilidad y una calidez que la hacen entrañable, también he conversado con ella como cuando coincidimos Guadalupe Quintana y yo en la presentación del libro de Kalifatides en una librería de Madrid, curiosamente una librería dedicada a viajes. Ella, viajera literaria, pateadora de caminos. Coincidencias afortunadas como el momento en que me llegó la noticia de que era para ella el Premio Nacional. Recién había concluido el prólogo que gozosamente escribí para el bello texto de Selma Ancira sobre ser traductora que ilus-



tra compartiendo la experiencia de traducir Zorba, el griego. Acababa de estar con ella en las palabras aún inéditas mientras recorría el Peloponeso y Creta, mientras preguntaba a expertos y a locales sobre ciertas expresiones y caminaba al lado de la ahijada de Kazantzakis rumbo a la mina de lignito. Leer el texto que será publicado por la editorial Gris tormenta próximamente no sólo me permitió comprender lo que implica la traducción literaria comprometida, si no la pasión, el empeño y la búsqueda de la espontaneidad del texto que se propone Selma Ancira, a la par que descubrí su veta de ensayista. Los invito a deleitarse con la obra traducida de Selma Ancira quien piensa que traducir es leer, es

andar de oídos, es viajar, es, desde luego, escribir, compartir, es afinar el alma con el autor y la obra, es ser un alquimista, y es una manera de estar en el mundo. Erigir un puente entre las lenguas que ama, paladea, rastrea, lee, pregunta, encuentra, entona, sintoniza, siempre en busca de la palabra precisa, del respeto a la intención del autor y la naturalidad de la prosa, es un acto de generosidad para el lector que de otra manera se perdería el privilegio de iluminar la experiencia humana (Kundera) desde otras voces. Por ello celebramos un premio para Selma Ancira, que es a su vez para el trabajo de los traductores en el mundo, y el reconocimiento a una apasionada dedicación.

ad pèdem literae

Los recuerdos comunes son a veces los más pacificadores.

Marcel Proust

Letras de
buen humor

Para el beso, la nariz y los ojos están tan mal colocados como mal hechos los labios

Marcel Proust